

mes, nunca creemos haber rogado bastante para nosotros, y todo al revés de María, delante de Dios olvidamos á todos los demás, por no pensar sino en nosotros solos. Cada cual, se dice, cuide de sí. El negocio de la salvacion es un negocio personal: yo no he de responder sino de mí. No ratiocina así la caridad. Si yo amo al prójimo como á mí mismo, su salvacion no puede serme indiferente; débole al menos el socorro de mis oraciones; y las que yo hago por él, lejos de ser perdidas para mí, me atraen mas gracias que tantas súplicas dictadas por un corazon encerrado en sí propio, que no mira sino su interes. Enséñenos María á tener un corazon caritativo, generoso é inmenso, celoso para cuanto concierne á la gloria de Dios y á la salvacion de nuestros semejantes.

CAPITULO XLII.

MUERTE Y ASUNCIÓN DE MARÍA.

MARÍA murió de amor. Fué su muerte el último deliquio preparado de lejos por muchos otros. Su cuerpo debilitado no pudo por fin sostener los esfuerzos violentos que hacia su alma para separarse de él y unirse á su Hijo. Sucumbió, pues, y esta alma tan pura se halló felizmente desasida de los lazos que la detenian sobre la tierra. La muerte de María, muy diferente en apariencia de la de Jesus, le fué realmente la mas aproximada. La violencia del amor quitó la vida al Hijo y á la Madre, con la diferencia no obstante, de que el Hijo, dueño absoluto de la suya, la sacrificó libremente á su Padre, sin que le fuese arrancada por los tormentos; en vez de que el mismo Jesus fué quien terminó los dias de su Madre, para disfrutar de su amor y prodigarle el suyo. Y si ella fué mártir junto á la cruz, lo fué tambien en su última hora, pues que fué víctima del amor, el mas dulce y el mas violento de los tiranos.

Es una piadosa creencia de la Iglesia, autorizada por la festividad que de ella celebra, y generalmente recibida de los fieles, los cuales se escandalizarian con razon si la viesen poner en duda, que el cuerpo de María, exento de toda corrupcion, no quedó mucho tiempo en el sepulcro, sino que Jesucristo lo resucitó y lo trasportó al cielo, para unir con él el alma de su Madre. Así como Dios el Padre no permitió que la carne de su Hijo experimentase corrupcion, tampoco parece regular que Jesus permitiese lo mismo con respecto á la carne de María, que era la suya. Héosla aquí pues, en el cielo en cuerpo y en alma, gozando de toda la gloria, de toda la felicidad, de todo el poder que un Dios quiere conceder á su Madre.

Más no olvidemos que Jesus no la recompensó así precisamente porque fué su Madre, sino porque fué perfectamente fiel á la gracia en todos los momentos de su vida, y porque habia aceptado y sufrido con valor todas las pruebas inherentes á la maternidad divina. Dios no corona en nosotros sus favores puramente gratuitos; sino nuestras virtudes y nuestros méritos adquiridos por su gracia. Así como la union hipostática no es el título en virtud del cual la santa humanidad de Jesucristo recibió una recompensa en cierto modo infinita, sino que, como dice san Pablo, el haberse humillado y hecho obediente hasta la muerte de cruz fué la causa de que su Padre le exaltase y le diese un nombre que es superior á todo nombre; de la misma manera, no tanto la calidad de Madre de Dios, como la de casta, humilde y fiel sierva del Señor mereció á María tantos honores y tanta gloria. Su amor para con Dios, su olvido y menosprecio de sí misma, su caridad para con los demás, no han tenido igual entre las criaturas; y por esta única razon tampoco tiene igual su felicidad.

Así que, admirando las grandes cosas que hizo Dios para María, admiremos tambien quanto podamos las grandes cosas que hizo María para Dios. Nuestra medida de gracia es y será siempre menor que la suya; pero tambien Dios exige y espera menos

de nosotros. Como es infinitamente justo, no pretende recoger frutos de lo que no ha sembrado; mas quiere, sí, que todo lo que sembró produzca su fruto; fruto, que por nuestra buena voluntad, por la inmensidad de nuestros deseos, mucho mas aún que por nuestras obras, puede aumentar al infinito. Este fruto, pues, es el que recogerá él en su granero, y que será la medida de nuestra recompensa.

¡Virgen santa! yo me pongo bajo vuestra especial protección, y me consagro de todo mi corazón á imitar vuestras virtudes. Me propongo firme é inviolablemente, con la gracia de vuestro Hijo, practicar todo lo que me ha dado á conocer este escrito, y sobre todo vuestras disposiciones interiores, vuestra pureza de intención, vuestra humildad, vuestra union con Dios, vuestra humildad para con el prójimo. Rogad á Jesucristo que me ponga en estas disposiciones, y que teniéndoos siempre á la vista por modelo, trabaje todos los días de mi vida para parecerme á vos sobre la tierra, á fin de participar de vuestra felicidad en el cielo. Así sea.

CAPITULO XLIII.

REFLEXIONES GENERALES.

ME ocurre la idea de añadir aquí algunas reflexiones que sean como la recapitulacion de toda la obra.

1º La union de Jesus y de María es el modelo de todas las uniones de Jesus con las almas interiores. Al principio queda concebido y formado místicamente en ellas por la operacion del Espíritu Santo. No saben ellas lo que es, pero se hallan del todo cambiadas, no tienen las mismas ideas ni los mismos sentimientos. Dios les comunica su presencia de una manera que no habian experimentado todavía, y se sienten llamadas á cierto silencio interior, cuando están en su presencia, sin poder ya me-

ditar ni hacer actos particulares. Ya no son movimientos de un fervor pasajero, sino una paz íntima la que donde quiera les sigue: deseáran hallarse siempre en oracion, para gustar esta paz deliciosa, y á pesar suyo se prestan á conversar con las criaturas, siendo su elemento el retiro y la soledad.

Viene despues el momento de nacer Jesus en sus almas. Declárase, y da á conocer que ha tomado posesion del corazón, y que quiere reinar en él. Se da al alma, el alma se da á él; todo son caricias, trasportes, mutuos testimonios de amor. Jesus niño nos trata entonces como un niño, y nos embriaga con sus dulzuras.

Esto dura un tiempo determinado, que no está exento de algunas pruebas exteriores, semejantes á las de María. Pero á medida que Jesus crece, retira poco á poco las caricias, y acostumbra á pasar sin ellas. Entonces se empieza á amar á Jesus por lo que él es, y á amarle con un amor mas serio y mas sólido. No se le pierde de vista enteramente; pero no se goza de continuo su compañía, como cuando era pequeño. Va y viene con entera libertad, como hacia en Nazaret, en donde María no conversaba con él sino en ciertos momentos, y de una manera menos afectuosa.

Despues de esto, Jesus se separa enteramente del alma, y la priva de su presencia sensible; corre ella tras él, él la evita, y en ciertas ocasiones parece casi desconocerla. Este estado es el de la fe desnuda, en que el alma mas adherida que nunca á Jesus, es ejercitada de diversos modos; mas ella tiene en el fondo de sí misma un sosten muy fuerte, aunque imperceptible.

Este estado de muda fe va aumentando siempre, hasta que en fin llega á creerse que vamos á perder á Jesucristo. Fuerza es entonces sacrificarlo realmente, como María lo sacrificó. ¡Sacrificar á Jesus! ¡Consentir en perder á Jesus! ¡Ah! ¡Qué prueba! Pero ello es una necesidad, y no podemos volver á encontrar á Jesus, como María, en una vida nueva, sino despues de haberlo así perdido.

Resucita por fin, y muéstrase al alma en un estado de gloria.

Entonces quedamos como asegurados de poseerle con una firme confianza de no perderle jamas. Mas todo el tiempo que nos resta aún sobre la tierra, no hacemos mas que desfallecer y consumirnos de amor, hasta que el alma desprendida del cuerpo, vuela á unirse eternamente con su amado.

2º María nunca previno la gracia, sino que siempre la aguardó; desechó toda precipitacion, todo deseo, toda actividad. Contenta con lo que Dios le daba á cada momento, pasando indiferentemente de los consuelos á las pruebas, y de las pruebas á los consuelos, nunca deseó ni la prolongacion de las delicias, ni la brevedad del dolor. Siempre y en todo fué fiel á la gracia en el estado en que se hallaba, entrando en las disposiciones en que la ponía, y conservándose en ellas. No tratamos ahora de llegar á tanta perfeccion, sino de aspirar á ella, de humillarnos por la distancia que de ella nos separa, y de tornar hácia ella, á proporcion de lo que conozcamos habernos desviado de su senda.

3º María ha sido la que mas ha padecido entre las criaturas, porque fué la que mas amó de todas ellas. ¿Es por medio de sentimientos de ternura, por gustos, por protestas, como hemos de probar á Dios que le amamos? No: todo esto es sorpechoso é ilusorio cuando para aquí. Dándole lo que mas nos cuesta; sufriendo por él lo que es de su gusto que suframos; sometiendo á viva fuerza y entre los mas terribles combates nuestra voluntad á la suya; dejándole tomar y arrancar de nosotros lo que no podemos darle por nosotros mismos; así es como probaremos que le amamos. Amar á Dios es despojarse y dejarse despojar de todo lo que no es puramente Dios y su beneplácito. No puede conocerse á donde llega este despojo, sino por la experiencia. Dios conduce á él por grados un alma verdaderamente generosa.

4º En fin, María, aunque la mas paciente de las criaturas, fué la mas feliz. Y ¿por qué? Porque nunca perdió su paz, porque siempre quiso todo lo que actualmente sentía. Lo que nos hace desdichados es la turbacion voluntaria, es la resistencia de nuestra voluntad, y su oposicion á la de Dios. Dadme el alma

la mas ejercitada en trabajos y aflicciones; si es pacífica, si es sumisa, es dichosa. Los tormentos crecen, los sacrificios se hacen mas difíciles en sí mismos, pero la paz y la sumision crecen á proporcion, y es mucha verdad que las últimas pruebas cuestan menos de sobrellevar que las primeras. María junto á la cruz estaba mas tranquila, mas firme, mas inmoble, que María huyendo á Egipto.

Leed este escrito... de tiempo en tiempo, cuando Dios os lo inspirará. Le entenderéis mejor á medida que ireis adelantando.

FIN.